



El programa, los principios y los fines de EL CASABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

EN LOS CAMPOS.

La empresa de los Campos Eliseos ha venido a dar un golpe mortal al amor.

Antes no se encontraba ya un novio por un ojo de la cara; hoy no se encuentra ni por los dos.

Los novios declarados, los novios que entran en la casa, y acompañan a la novia, y a la mamá, y a la familia, están pasando una crisis, de la que resultará la curación completa del amor que les aqueja.

La niña quiere ir a los Campos; la mamá la acompaña por supuesto; el hermanito tiene que ir, porque no han de dejarle en casa en poder de aquella bribona de criada; la niña tiene una amiga, que quiere ver si encuentra un amigo; y como su papá no la saca a paseo, porque se está todo el día y toda la noche jugando o viendo jugar al villar, no pierde ocasión de salir con las amigas, y va también a los Campos a costa del novio de su amiga.

Entran en los Campos, y la niña quiere dar una vuelta en el vapor; la mamá dice que se mareará; el novio le asegura que en agua dulce no se mareará nadie, y todos toman asiento en el vapor.

La primera vuelta es un continuo sobresalto para la mamá, y una felicidad para la novia, que va al lado del novio, para la amiga, que tiene enfrente un muchacho que la mira con ojos tiernos, y para el novio, que, al lado de la novia, puede estrechar una mano querida, porque en los solemnes momentos de los peligros de la navegación, no ha de impedir la mamá esta pequeña expansión a aquellos dos corazones, ó mejor dicho, a aquellas dos manos.

Dada la primera vuelta, hay que dar la segunda, y dada la segunda, hay que dar la tercera; y la mamá empieza entonces a perder el miedo y a acostumbrarse, con cuyo fausto motivo siguen las vueltas, de modo que cuando las intrépidas navegantes y el intrépido primo naufrago llegan a saltar a tierra, pueden decir que, dando vueltas, han navegado tanto ó mas que si hubieran ido de Cádiz a Puerto-Rico.

Desde la ría, de donde el único que sale mareado es el novio, se dirigen a la montaña rusa.

La mamá vuelve a temblar, la niña rabia por pre-
cipitarse con su novio en el abismo de aquellas desconocidas emociones, la amiga rabia por dejarse arastrar en aquellos coches, que tienen para ella toda la apariencia del destino, porque ha visto que aquel

mismo mozo que la miraba con ojos tiernos en el vapor, la devora con los mismos ojos en lo alto de la montaña mágica; y el novio, como Dios cierra los ojos a los que quiere perder, y a los que quiere abrírselos despues, las convence que deben probar de todo, y por consiguiente de los placeres de la montaña rusa.

Y dicho y hecho.

La primera vuelta la dá la mamá con los ojos cerrados, y cuando termina la rápida descension se asombra mucho de no haberse estrellado y hecho materialmente añicos. La niña ha tenido que apoyarse en el novio en un momento de natural terror, al sentirse arrebatada por una fuerza sobrenatural, con lo que el novio ha sentido el inefable placer de sentir cerca, muy cerca, el aliento de aquel ángel, y de besar pudorosamente un rizo de sus cabellos de ángel; la amiga vá con los ojos, muy abiertos, pero mirando atrás para no ver el abismo, y para ver si la sigue en otro coche del destino aquel mozo de los ojos tiernos; y todos convienen al fin de la jornada que el paso de la montaña rusa es una de las mas agradables emociones que pueden experimentarse en este mundo, donde, como estamos oya tan acostumbrados de espanto, nos quedan poquitas emociones.

Y bajan la mamá, la novia, la amiga, el niño y el novio diez ó doce veces mas, con lo que no hay para qué decir a VV. que la novia y el novio se creen trasladados al quinto cielo.

Por supuesto que la madre está firmemente persuadida de que la montaña rusa es rusa porque la han traído de Rusia, en cuyo error la afirma el mozo de los ojos tiernos, que ha encontrado medio de entablar conversación con la amiga y con la mamá de la novia, con gran satisfaccion de esta y del novio, que pueden así decirse libremente todo lo que tienen que decirse, que se reduce a lo siguiente:—¿Me quieres?—Te quiero mucho.—¿Me querrás siempre?—Siempre, vida mia.—¿Conoces a esa que te ha mirado?—Yo!... no la he visto.—Tengo celos.—¿Por qué, si te quiero tanto?...—¿De veras me quieres?—¿Y tú me lo preguntas?... etc., etc.

Desde la montaña, a petición del niño, que quiere saber lo que pesa, se dirige la expedición al sitio donde se halla establecido el peso de humanidades, y se pesa el niño, y se pesa la mamá, que por poco rompe el peso, que no se ha visto nunca mujer que pese mas, y se pesa la amiga, que pesa poco, y se pesa la novia, que pesa menos, aunque no sería yo

quien cargara con ninguna de las dos, y se pesa el novio, que no pesa nada, y todavía pesará menos que nada cuando salga de aquel delicioso vergel sin un cuarto en el bolsillo.

Con todos estos ejercicios, en extremo saludables, el estómago quiere tambien hacer algun ejercicio, la boca se abre y pide, y el novio, que conoce todo esto, y lo que quiere es estar todo el mas tiempo posible al lado de la elegida de su corazón, se decide a proponer a la respetable señora un ligero refrigerio en el Restaurant de aquel Paraíso. La mamá se niega rotundamente, asegura que ella es de poco comer, —y eso que pesa ocho arrobas,—pero el novio ruega, la mamá consulta con las niñas, las niñas se resuelven a hacer lo que ella quiera, y el niño abre tanto ojo, y mira a su madre y a su hermana de una manera significativa, de todo lo que resulta que la mamá, la novia, la amiga, el niño, el novio y la sombra de Niño, es decir, el joven de los ojos tiernos, que se ha pegado como una tapa a la mamá, dan con sus cuerpos pecadores en el Restaurant, y como el comer, lo mismo que el querer y el rascar, todo es empezar, la mamá, que no tenía ganas de abrir la boca, se siente capaz de meterse en el pecho y espalda, todo lo que se presente; y lo mismo les sucede a las dos niñas, que, aunque enamoradas, comen como si no estuviera su espíritu dominado por esa pasión, que tan sabroso alimento de ilusiones ofrece a sus favorecidos, y el niño se prepara con una heroicidad propia de la edad de la inocencia a sufrir una indigestión, que si no le lleva al otro mundo, le tendrá en este postrado en el lecho del dolor muchos días. El único que come poco ó nada es el que lo paga todo, que en aquel momento se cambiaría de buena gana por el fondista, y hasta por uno de los micos encerrados en aquel Riosko tan bonito que ya habrán VV. visto.

Felizmente suena un cohete, y como un ídem se levanta el novio, con lo que da un corte a la merienda y a la cuenta, y encárcese a las señoras la hermosura y gallardía de los fuegos artificiales; y aunque a la mamá la llaman ya muy poco la atención los fuegos naturales ni artificiales, tiene que limpiarse la boca de prisa y corriendo, y dejar la mitad de una ración de queso sobre la mesa, para seguir a las niñas, a quienes todo género de fuegos llama la atención. Paga el novio la cuenta, que esta circunstancia es indispensable en todo establecimiento público, y váse tambien a ver los fuegos,

consolidado con la idea de que vá al fin á ver una cosa sin pagar nada.

Durante los fuegos, el niño, que quiere apresurar todo lo posible la indigestion que se ha prometido, manifiesta su deseo de dar unas vueltas en el Tio Vivo, y la amiga de la novia lo aplaude, y lo aplaude la novia, y la mamá, y las niñas se acomodan en uno de aquellos cajones, y el novio tiene que montarse en un caballito de palo para cuidar del niño, que se monta en otro.

Llega, por fin, el momento de salir de los Campos. Como el ómnibus tardará en llegar media hora, y á la novia le hace daño el relente, fuera de los Campos, por supuesto, el novio se vé en la necesidad de tomar dos coches de plaza.

En el uno se colocan la novia y su amiga, y en el otro la mamá, el novio, y el niño en la bigotera.

El niño se pone malo en el camino, y se desgañita. La mamá cuenta su historia al novio, y le pondera las buenas cualidades de su hija, y le hace concebir esperanzas de felicidad inefable.

Pero al dia siguiente el novio no parece por casa de la novia.

¿Por qué?

Porque 500 y tantos reales que gastó en los Campos le han curado del amor.

Porque, no teniendo mas que 500 de sueldo al mes, si gastara todos los domingos 300 y tantos, acabaria por perderse miserablemente.

Es un muchacho de juicio, y ha vuelto grupas á tiempo.

Si no tuviera juicio, Dios sabe dónde iria á parar.

Está visto que en los Campos no se puede acompañar á nadie como no sea á uno que pague.

Lo mejor en los Campos es divertirse uno solo.

Con todos estos ejercicios en extremas salidas, la boca se abre y el novio, que como...

TERMOMETRO DEL AMOR.

Un óptico filósofo, amigo nuestro, que desea guardar el apónimo, ha dicho que el amor es un termómetro que, segun las variaciones del corazon, sube ó baja.

Este óptico está en lo cierto, y de ello vamos á dar á VV. la prueba.

LA ENTREVISTA (cincuenta grados).

La escena pasa en un salón de baile, en una casa de la buena sociedad.

La dueña de la casa, que es una jamaica que habrá sido lo que se llama una buena moza, y que ya no es mas que una buena vieja, se acerca á un jóven que está apoyado en una chimenea, pasando revista á las bellezas que lucen sus encantos en la soirée.

Amigo mio, le dice, ¿no ha visto V. qué bonita y elegante viene la niña de Morales?

Si, señora, y a la he visto, dice el jóven con cierta indiferencia.

¿Y qué le parece á V.?

Es graciosa.

Y tiene treinta mil duros de dote.

Ah! pues en efecto, es muy bella, muy linda, y parece muy modesta, muy discreta.

¿Quiere V. que le presente á su papá?

Si es V. tan amable, ¿por qué no?

Lo haré con tanto mas gusto, cuanto que sé que ella y su familia le conocen á V. ya por su reputacion, y me han hablado de V. varias veces.

Tanto mejor.

Y como yo tengo ya mucho mundo, creo que la niña no le mira á V. con malos ojos.

¿Qué felicidad!

El jóven está á cincuenta grados, calor del Senegal.

LOS PRELIMINARES DE BODA.

El jóven ha pedido la mano de la jóven, siendo perfectamente bien recibido.

Todo se dispone para la boda.

Algunos dias antes, el papá de la niña dice al jóven:

—Ya sabe V. que doy á mi hija quince mil duros de dote.

—¿Quince mil! dice el jóven abriendo mucho los ojos; yo creia que era....

—¿Que era menos?... No, señor; cuando se trata de mi hija, no quiero economizar nada.

—¿Pues no decian que treinta mil! dice aparte el jóven.

—Se ha quedado V. suspenso....

—No, no, señor, es que.... al cabo, ya vé V.... se trata de una cosa muy seria....—En fin, ¿cómo ha de ser! quitaré del coche un caballo y el lacayo, vuelve á decir aparte el jóven.

El termómetro no señala ya mas que cuarenta grados.

LA BODA.

Despues de la misa, todos los parientes de la jóven se vuelven al jóven.

—Querido mio, le dice un tio viejo, con las narices llenas de rapé y la boca de sopas, celebro mucho que entre V. en nuestra familia.

—Y yo tambien, contesta el jóven por cortesía.

—Muchos dias os acompañaré á comer, dice una tia de la jóven que, apenas echadas las bendiciones, tutea al jóven y bromea con él.

—Siempre será V. bien recibida.

—Primo, ¿que ya puedo llamarte primo, puesto que te has casado con mi prima....

—Es claro.

—Pues bien, primo, me han dicho que tienes amistad con el director de beneficencia.

—En efecto.

—Pues quisiera que me hicieran del Consejo de Sanidad, para quedarme en Madrid y no tener que ir de médico á un partido, y así podré asistir á mi prima cuando esté mala....

—Haré todo lo posible.

—Mira que has de cuidarme mucho á la niña, dice la abuela de la jóven.

—No tenga V. cuidado, señora.

—Si no hace V. feliz á mi hija, maldeciré el dia que entró V. por las puertas de mi casa, dice la madre de la jóven, mirando al jóven con ojos de suegra.

—Seré el modelo de los maridos.

Esta escena de familia ha refrescado singularmente la temperatura.

El termómetro baja á treinta y cinco grados.

LOS POSTIZOS.

El jóven, al contemplar á su esposa, en el domicilio conyugal, se hace las reflexiones siguientes:

—Tengo quince mil duros menos de dote, pero lo que es mi mujer es en efecto muy bonita. Tiene un magnífico pelo.

—La recién casada se quita los añadidos. El jóven hace un gesto.

—¡Calla! ¡eran postizos! ¿Cómo se trabaja ya en peluquería! En fin, ¿qué importa? por un poco de pelo mas ó menos no he de ir á enfadarme.... Mi mujer no tendrá nada mas postizo.

—La recién casada se despoja de un sinnúmero de enaguas.

—Nuevo gesto del jóven.

El termómetro no señala mas que veinte y ocho grados.

DESPUES DE UN AÑO.

—Esposo, ya sabes que mañana dan las de Muñoz un concierto.

—Siempre, vida mia.... ¿Conoces á ese tal?

—Si, ya lo sé.

—Supongo que iremos.

—No.

—¿Por qué?

—Porque me aburro en todas esas reuniones; no hay nada mas insoportable que estar todas las noches de baile y de concierto, y de frac y corbata blanca.

—No me parece á mi lo mismo. No me enfado porque te aburra frecuentar la buena sociedad, pero tú deber es llevarme á mi, puesto que sabes que así

me distraigo. Debes hacer algun sacrificio por tu mujer.

—Tú no haces ninguno por mí.... Además, la ley de Dios está en mi favor; dice que la mujer debe seguir al marido; pero cuando este no sale porque no quiere salir, su mujer debe seguirle en casa.

—¿Es decir que no iremos á casa de las de Muñoz?

—No, hija mia.

—Pues yo quiero ir.

—Pues yo no.

—Me acompañarás hasta dejarme allí y me irás á buscar luego.

—Justo, como un lacayo.

—Mira que quiero ir.

—Bueno, déjame ahora, que tengo que salir.

El termómetro apenas señala catorce grados.

CINCO AÑOS DESPUES.

Una ama de cria está meciendo á un pelon que se desgañita.

Una niña de tres años rompe un jarron de porcelana, al querer coger la muñeca que estaba dentro del jarron.

Un niño de dos años pega fuego á la alfombra, arrastrando desde la chimenea una astilla perfectamente inflamada.

—¡Condenados chicos! esclama el jóven, que ya no lo es, arrancándose un puñado de pelos; se han empeñado en acabar conmigo.

—No los riñas, hombre. ¡Angelitos! no saben lo que hacen, esclama la buena madre.

—No por eso dejan de hacer todo lo malo, y nunca nada bueno.

—Bien se vé que no quieres á tus hijos.

—Si que los quiero, sobre todo si entre los tres se pudiera hacer uno solo, que tuviese ya la edad de la razon y el juicio.

—¿Sabes lo que quisiera?

—¿Qué?

—Que me comprases un melon.

—Melon en diciembre!

—O me pones melon hoy de postre, ó me pongo mala.

—Dios mio! ¡ya comprendo! ¡esto es horrible!

—Pero, ¿qué tienes, hombre?

—¿Y tú me lo preguntas? ¡Desgraciada! ¿no conoces que vas á darme una cuarta edición?

El termómetro baja á cero. Cupido tiene que coger el gaban y el tapabocas para no helarse.

DIEZ AÑOS DESPUES.

—Hoy no comeré en casa.

—Pues ¿dónde comes?

—Tengo que comer con varios amigos que tratan de fundar una sociedad de crédito.

—Y antes de ayer, ¿con quién comiste?

—¡Ah! ¡toma! ¿so te lo dije?... con otros amigos que han cobrado uno de los premios de la lotería....

Ya ves, es preciso no desairar á las personas que pueden ser útiles un dia u otro.

—Un poco sospechoso me parece tanto comer fuera de casa.

—¡Hola, ya son las tres!... (Aparte.) ¡Y Manolita que sale á las tres y media del ensayo!

El termómetro señala doce grados bajo cero; congelacion del aceite, del vino, de la leche, del vinagre y de los maridos.

Desde este momento, los esposos entran en Siberia; donde los dejaremos, porque allí hace mucho frio.

TRES AL SAGO,

y el saco en tierra.

Desde la tía, de donde el niño que sale marcado es el novio, se dirigen á la montañita.

No hay que extrañar el movimiento que se observa en casa de doña Josefa Rosales; es dia de dias, es el santo de Perico, su hijo mayor, y circunstancias como la presente han producido siempre una revolucion completa en este pacífico domicilio.

Desde muy temprano principia la limpieza, y se

audidores, plumeros y zorrros, hábilmente maneja- dos, dejan los trastos que no parece sino que acaban de sacarlos del almacén nuevecitos y flamantes.

La polilla, que ha estado largo tiempo en tranquila posesión de cómodas y baules, se alarma, como es natural, en ocasiones semejantes, y todos los trapos salen a relucir y ventilarse un poco al balcón antes de ponerse los sus dueños.

La casa, montada medio á la antigua, es de esas en que todavía, para celebrar santos y cumpleaños, se obsequia á las visitas con dulces y licores, unos y otros confeccionados en ella; así es que el ama anda, desde ocho días antes, hecha un azacán, sin hueso que bien la quiera.

Manuela, atado á la cintura un mandil de estopa, y cuchillo en mano, contempla con lástima á los animalitos, los cuales parece que la piden misericordia, ya alzando sorudos arrullos, ya hundiendo, como si quisieran ocultarse de su vista, el pico de color de rosa y la inocente cabeza entre la suave pluma del cuello y debajo de las alas.

Compréndese desde luego el abatimiento y la inacción de la criada, sin mas que ver la belleza y mansedumbre de las palomas, tan parecida la una á la otra como dos gemelos. Las dos son blancas como el ampo de la nieve, las dos están calzadas de pluma azul, y las dos tienen collar y pechuga de color de tórtola con visos tornasclados. Y aun se comprenderán mejor el abatimiento y la inacción de Manuela, sabiendo que ella echó siempre de comer á los animalitos, que ella les puso el agua en el bebedero; que está acostumbra á verlas y á oirlas de la cocina al pasillo, y del pasillo á su cuarto, y que ya la conocen tanto, que muchas veces acuden á tomar el trigo ó las algarrobas en su propia mano, y la siguen como dóciles corderos cuando las llama imitando sus arrullos.

Son las doce del día; las palomas tienen que estar guisadas y dispuestas para las cuatro, que es la hora de comer; el ama ha dado sus órdenes al efecto, hace buen rato, y Manuela no lleva trazas, según parece, de activar la comida. Pero doña Josefa, es una pólvora, y no la dejará permanecer mucho tiempo cruzada de brazos. No digo? Ya la tenemos en la cocina; oigámosla.

—Pero, hija,—dice,—todavía estamos así? ¡Jesús!

¡Jesús! ¡Cómo se les pasea á VV. el alma por el cuerpo! ¡Con la hora que es!

—¿Pues qué hora es?

—No, señora,—dice,—no la ha oído V?

—VV. nunca oyen lo que no quieren. Le digo á V., Manuela, que estoy de V. hasta por encima de las cejas. Vamos á ver, ¿por qué no ha matado las palomas?

Manuela dá la llamada por respuesta.

—¡Jinajo, que la hacen VV. á una decir cualquier desatino! Responde V., que no soy costal. ¿Por qué no las ha matado?

—Porque no sé.

—¿Qué lástima! Picardías es lo que, no saben VV. No le he dicho que se les corta la cabeza con el cuchillo?

—Pues yo creo que lo que se hace es ahogarlas, apretándolas el pescuezo ó el corazón.

—Enhorabuena, no porfiaré; el caso es despachar cuanto antes, sea como quiera.

—Bien, señora.

Desaparece de la cocina doña Josefa, y Manuela se dirige de repente á los animalitos, resuelta sin duda á dar fin de ellos; en efecto, coge uno, cierra los ojos, como quien vá á tragarse un vaso de quina, y oye un arrullo, que para ella tiene mas elocuencia que todos los discursos de todos los oradores del mundo; y suelta la paloma, y vuelve á su indecisión eterna, y así pasan cinco minutos, y luego otros cinco, y despues cinco mas, y pasa hasta media hora, al cabo de la cual repite doña Josefa su visita á la cocina. Al ver vivas las palomas, esclama furiosa:

—Criatura, ¿V. se ha propuesto que la ponga hoy en la puerta de la calle?... A ver, Manuela, ¿mata las palomas, ó ya puede coger el cofre y largarse con viento fresco?

—Señora,—responde Manuela despues de una breve pausa,—no las mato.

—Ahora salimos con esas?

—Mátelas V., y yo las guisaré; yo no soy mujer para matar una mosea ni para verla morir; ea, ya lo sabe V.

—Pero, mujer, ¿no se hace V. cargo de...?

—A mí qué daño me han hecho? Mire V.... si fueran gallos ó cosa así, no digo que no me determinaria....

—Pero, hija, si todos dijesen lo mismo, no sé qué habian de comer las gentes.

—¿Cómo hemos de remediarlo, señora? Dios le ha hecho á una así, y genio y figura hasta la sepultura.

—Venga acá, venga el cuchillo,—dice doña Josefa.

—¿Ya hay patrullas?

—Y otro añade: «Y un cañon y en la esquina del Suizo, y otro en la Puerta del Sol.»

Y otro esclama: «Pues la guardia del Principal se dobló.»

como si la guardia fuera la cortina de un balcón, y una devota asegura con el descarro mayor, que van á volver los frailes, y que acaba de ver dos, y que volverá su primo fray Serapio, que murió, y en esto se oye á lo lejos el redoble de un tambor, y uno dice: «¡A generala!...»

«¡A casa, que ya se armó!...»

«No, señor, dice otro prójimo con evidente intención de que las gentes le crean tremendo conspirador, hasta salir de los toros no alzará nadie la voz....»

«Y qué voz será?» pregunta con bien visible emoción uno á quien han colocado en la semana anterior.

«¿Cuál ha de ser?» dice el otro, «Viva la Constitución!»

Y el que tiene que perder corre á su casa veloz, y registra sus papeles con laudable prevision, y quema el bello retrato de un ilustrado orador, que arma con cada discurso una polvareda atroz, y llama aparte á la esposa mitad de su corazón, y le dice muy bajito:

«Dime, ¿tenemos arroz, y lentejas, y garbanzos, y velas, aceite y jabon?...»

Pues haz provision al punto,

fa á la criada; verá V. qué pronto despacho yo.

Dále Manuela el cuchillo, apodérase el ama de una paloma, blande el instrumento fatal, y en el instante de ir á degollar la víctima, dice:

—Aprenda V. de mí; ¡vé V! Ya no falta mas que descargar el golpe; todo es obra de un minuto.

—Pues descarguelo V., señora,—observa Manuela, apartando la vista del sangriento espectáculo que se prepara. Pasado un momento añade:—Despachó V?

—¡Qué he de despachar!—dice el ama, saltando la paloma.—Capaz será de permitir que se me manche el vestido! Cree V. que si no fuera por el vestido nuevo...

—Señora, en todo consentiré, menos en tocar yo á las palomas.

—Está bien,—replica el ama,—está bien; ¡vaya una criada de fuste! Cualquiera que sepa que ni siquiera es para ahogar un ave, se hará cruces.

—¡Buenas entrañas tendrá él!

—Mujer... encárguese V. de una y yo me encargaré de otra.

—No se canse V., señora; mándeme V. lo que quiera, y lo haré; ¡pero lo que es eso!

Doña Josefa habia calculado que una vez decidida Manuela á matar una paloma, la muerte de la compañera seria segura; pero se ha llevado un solemne chasco; así es que se ausenta de la cocina, y en la sala refiere á Perico de pe á pa lo ocurrido con la muchacha.

Liénase de asombro Perico al oír tales rasgos, porque, aunque el mozo es un castillo, tiene su corazón á la izquierda, como cualquier hijo de vecino.

—¡Vaya un par de apuntes para un empeño!—dice á su madre, echándolas de tremendo.—Apuesto á que una gallina tiene mas corazón que VV. ¡Ea; madre, ánimo... y atándolo!

—¡Si, sí!—responde la madre,—como no comais otras palomas que las que yo maté! Si no sirvo para nada, ya lo sabes; ¿a que viene ahora... Y tú mismo, que me llamas gallina, acaso no te atreverias á... Acuérdate de lo que sucedió el otro día con Mariquilla.

—El caso no es igual.

—Despues de tantas valentías y de tanto burlarte de todos nosotros, no tuviste valor para arrancar con una hebra de seda el diente á la niña, á pesar de que se le meneaba como un cencerro, y hubo que llamar á la vecina.

—Venga un abrazo, madre; tiene V. razon, tampoco soy para esas cosas; llamemos otra vez á la vecina, y no hay que contar á nadie el caso, no sea que se rian de nosotros y nos apliquen el refrán que dice: Tres al saco, y el saco en tierra.

que dicen que vá a haber hoy...

vamos, chica, no te asustes, que vá a haber revolucion.»

Y la esposa, que está en cinta, y ya de cuenta salió, lanza un grito, que al chiquillo le hace dar un revolcon, y los vecinos se enteran, bajan á ver qué ocurrido, y en cuanto saben de boca del marido la ocasion, crece el tumulto, el espanto llega á su grado mayor, y un marido en bata y gorro y en alas de su pasion, sale á buscar á la dulce esposa que Dios le dió, que ha salido hace un momento á comprarle salchichon, y una madre se desmaya porque su niño mayor á aprender á ser cajista ha entrado en La Discusion, y otra mujer por su esposo, que es el portero mayor de un ministerio, y por eso está en un peligro atroz, reza, llorando, á los santos de su mayor devocion, y un sargento retirado, que tiene huéspedes, dos pistolas coge muy serio, y se pone en el balcón, dispuesto á pegar un tiro, si á mano viniera, al sol.

Y en tanto, cunde la alarma por toda la poblacion, y hasta los papeles públicos se hacen eco de rumores sin motivo ni razon, y al comercio perjudicado y á la industria, y el temor esparcen con sus alarmas con bien poca prevision.

ROMANCES POPULARES,

D. CARLOS FRONTAURA.

VIII.

Jarana?

Todos los años, apenas aprieta un poco el calor,

se dice en la villa y corte que vá a haber revolucion,

que don Fulano conspira, que ayer han cogido á dos,

que el plan era endemoniado, y que ha cantado un traidor,

saliendo despues á escape con dirección á Joló,

por sustraerse á las iras de toda la reunion,

que pensaba aspartir vivo solo por lo que cantó.

Los noticieros no cesan de hacer que corra la voz de alarma, y cada mañana con una mentira ó dos que con aire de interés y siniestra entonacion cuentan en cafés y tiendas, llenan de susto y pavor á los que los oyen, y estos alarman la poblacion, que al cuarto de hora ya sabe quíenes forman el complot, y la gente con que cuentan, y el sitio de la funcion; cada cual aumenta un poco

—El que se ría de nosotros mostrará que tiene mal corazón,— responde doña Josefa,— por mi parte, nunca podré menos de compadecer a todo el que se mofe de sentimientos que, por ridículos que parezcan a algunas personas, son dignos de respeto y aun de alabanza.

Pronunciadas estas palabras, se dirige doña Josefa a la cocina, y dice a la criada:

—Manuela, no mate V. las palomas; la vecina las matará, y en premio de los buenos sentimientos que V. ha manifestado, desde el mes que viene ganará dos pesetas más en mi casa.

—Pues entonces, ¿por qué se enfadaba V. tanto?..

—Calle V. por Dios, calle V.; lo que dice el señorito; ¡estamos buenos apuntes para un empeño!

V. R. AGUILERA.

CASCABELES.

Recomendamos a los periódicos de noticias la siguiente:

«En Filadelfia acaba de morir una apreciable señora de mas de cien años, y, hecha la autopsia de su cadáver, se le ha encontrado un niño de veinte y cinco años, perfectamente formado y en el pleno goce de la vida.—Lo primero que ha dicho al abrir los ojos a la luz, ha sido lo siguiente:—«Se acabó ya eso?...»

Eso es la guerra de los Estados-Unidos.

Pero ¿dónde está la primera piedra del teatro Español? ¿Qué ha hecho aquella comision tan lucida que se nombró, en la cual solo habia cuatro o cinco personas competentes?..

El hombre de mas calma y mas filósofo que conocemos es el contramaestre del vapor de los Campos Eliseos.

¡Cuántas tonterias oye! ¡Qué necias preguntas le hacen! No hemos visto hombre capaz de mayor abnegacion. Allí todos se divierten menos él.

Vá a publicarse en esta córte un periódico político que se titulará *La Idea*.

Lé que falta es que esta sea buena.

LOGOGRIFO.

Tengo seis letras y en ellas hallas un juego vulgar, una flor que es apellido, una calle en Portugal, una regla de aritmética, el que nos puede matar ó hacernos vivir en Babia con toda felicidad, una pared, un licor, un respetable animal, lo que con dos cantidades se hace con facilidad, lo que es Dios, el apellido de una familia que da tés, banquetes y conciertos con mucha formalidad, una carta, que sin sello circula sin más ni más, una dignidad monástica, el que trata sin piedad a la infelice Polonia, el que tuvo que cejar ante el valor indomable del español, la ciudad mas codiciada del mundo, lo que suele estropear la levita que te pones, un sitio por donde vas sin poner el pié en el suelo, un domingo, como está el cielo en los buenos dias, y el todo es hijo de Adán, y gallego por mas señas, y ya no te digo más.

Dos viuditas inglesas estaban enamoradas de un mismo individuo.

Una de ellas, habiendo sabido que su rival debia dar una gran soiree para deslumbrar al favorecido jóven, se dirigió al primer almancenista de sederias, y eligió un vestido de un precio exorbitante. Pagó lo que le pidió el comerciante, y le hizo dar su palabra de honor de que antes de ocho dias no venderia otro vestido de la misma preciosa tela.—El comerciante prometió hacerlo así; pero habiéndolo sabido la otra viuda, dirigióse tambien al mis-

mo afortunado almancenista, exigiéndole la venta de toda la tela que le quedara, igual a la del vestido vendido.

El comerciante contó lo ocurrido, y se manifestó dispuesto a no infringir su juramento de no vender otro vestido igual antes de ocho dias; pero no por eso se apuró la bella enamorada.

—No es para un vestido, le dijo.

—¿Me lo jura V.?

—Por todo lo mas sagrado.

—Entonces no tengo inconveniente en vender a V. toda la tela que me queda.

Llegó el dia de la soiree, y la compradora del resto de la magnifica tela invitó a la compradora del corte del vestido.

Y figurense VV. la confusion de está, al ver que la alfombra de la sala del concierto estaba cubierta por una tela riquísima exactamente igual a la de su vestido.

Por supuesto que, según dicen, el jóven Apolo ha dado calabazas a las dos, suponiendo que una y otra son a cual mas peligrosas para mujer propia.

Hemos recibido un ejemplar, que agradecemos, de *El Coche del diablo*, novela del señor Nombela, de la que suponemos que tendremos mucho bueno que decir, despues que la hayamos leído.

Entretanto se la recomendamos al público.

Solucion a la charadita inserta en el número anterior.

Yo he sido muy desgraciada y soltera me he quedado, pero nadie me ha sacado trapitos a la colada.

Arechavaleta, 5 julio. La señora de siempre.

—¿Cómo has podido hacer fortuna?
—Muy fácilmente, paseándome todos los dias, durante tres años, con las manos en los bolsillos.
—¿De los demás?..

He aqui una frase sublime de una madre. Un siniestro en un camino de hierro habia causado la muerte de varias personas. Entre los viajeros se contaban dos hijos de una infeliz mujer del pueblo, que al saber la noticia, envió a su hermano a averiguar qué habia sido de sus hijos.

El enviado volvió con rostro triste, y sin atreverse a dar la funesta noticia de que uno de los dos jóvenes habia perecido.

No sabia cómo componerse para decir el nombre del muerto, y callaba, esperando que la madre le abriera el camino preguntándole por el hijo a quien mas parecia amar, que era el que se habia salvado.

Después de mucho vacilar, y antes de pronunciar el nombre de la victima, le preguntó:

—¿A cuál quieres más?
Y la madre respondió con un grito de desesperacion.
—¿A cuál? ¡Al muerto!

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

¡Ay! señor de Perezagua, de EL CASCABEL editor, los disgustos del amor me hacen tomar este agua.

Pantecosa, 6 julio. La sobrina de la señora de siempre.

—Tiene V. calentura, y es preciso que la cortemos.
—Nó, por Dios, señor doctor, que entonces voy a tener dos en vez de una.

El Pan Funcionarismo se ha retractado en tres juicios a que ha sido citado, de palabras escritas en su periódico.

Con no haberlas escrito se evitaba los juicios y las retractaciones.

En la temporada próxima se representará en el teatro de la Zarzuela una de nuestro amigo Serra.

Se ha publicado una esmerada edicion de *Doloras*, escogidas entre las de don Ramon Campoamor. Es un bonito libro.

CHARADITA.

Con la primera te quemó, la segunda vá detrás, y en la tercera te apago con mucha facilidad, la primera y la segunda en la cabeza verás, la segunda y la tercera es cualquiera en esta edad.

Ya están reimpresos los números 6 y 23 de EL CASCABEL. A su tiempo anunciamos la reimpression del 17 y del 18.

Los cuatro están en la Administracion a disposicion de los favorecedores de EL CASCABEL.

NUEVO REGALO

A LOS SUSCRITORES DE EL CASCABEL.

EL CASCABEL, cada dia mas agradecido al favor que el público de Madrid y provincias le dispensa, y siguiendo su costumbre de hacer cada tres meses un obsequio a sus suscritores, vá a regalarles en el presente mes de Julio un tomo, que ya está en prensa, y que contiene seis leyendas en prosa, con este titulo:

HISTORIAS TRISTES.

escritas por D. Carlos Frontaura. Este tomo, elegantemente impreso, vale más de los 6 reales que cuesta la suscripcion de tres meses a EL CASCABEL.

CONDICIONES DE ADQUISICION.

Los señores suscritores, cuyo abono haya terminado en Mayo ó Junio, ó termine en fin de Julio, recibirán gratis, lo mismo en Madrid que en provincias, el libro titulado *Historias tristes*, si renuevan su abono por tres ó mas meses antes del 25 de Julio actual, remitiendo su importe, a razon de 6 rs. por trimestre, en libranzas, ó sellos, si no pudieran adquirir libranzas, a la Administracion de EL CASCABEL, Jardines, 41.

Los suscritores actuales por seis meses y por un año tienen derecho a recibir el libro.

Los suscritores nuevos que quieran recibir el libro que anunciamos, deberán remitir por los tres meses de suscripcion 3 rs., es decir, que les damos el libro por 2 rs.; los que se suscriban por seis meses remitirán solo 13 rs., es decir, que no pagarán mas que Un Real por el libro.

Los suscritores nuevos que lo sean por un año recibirán gratis el libro.

Solo nos resta añadir que el libro *Historias tristes*, es un libro moral a la par que ameno y entretenido, y que el padre mas celoso de los buenos principios de sus hijos puede estar seguro de que en su lectura no hay riesgo alguno.

La edicion será limpia y elegante.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El libro que ofrecemos a nuestros favorecedores, titulado *Historias tristes*, contendrá doble número de páginas del que habiamos calculado primeramente, lo cual retrasa por algunos dias su impresion. Avisaremos oportunamente cuando empezamos a remitirlo a provincias, y cuando pueden recogerlo en la Administracion los de Madrid.

ANUNCIOS.

DOLORAS, por don Ramon de Campoamor, con un prólogo del señor Aguilera y notas criticas del señor Rayon. Octava edicion, un tomo. Se vende a 6 reales en la libreria de San Martin, calle de la Victoria, núm. 9, y se remite franco por el correo, mandando 8 rs. en sellos de correos.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.